

El alimento de la tierra

Patricia Rodríguez S.*

Estoy en una fila de mujeres que esperan ser elegidas. El olor de los cuerpos recién lavados cubre el del incienso que humea al pie del altar. Los sacerdotes con sus penachos multicolores revisan a las doncellas como si fueran mercancía. Los teponaztles suenan llamando al sacrificio, una de nosotras mojará con su sangre a la tierra para darle sustento.

Mi madre me despertó con el temazcal humeante. En sus ojos se mezclaban el orgullo

de darme en sacrificio y la tristeza de perderme.

Yo no quiero ir al paraíso de los guerreros ni al Tlalocan ni a otro mundo que no sea éste. La fila avanza, nuestros pies levantan una diminuta nube de polvo. Escucho el rumor de la multitud en la plaza mayor. El miedo provoca tamborileos en nuestros pechos.

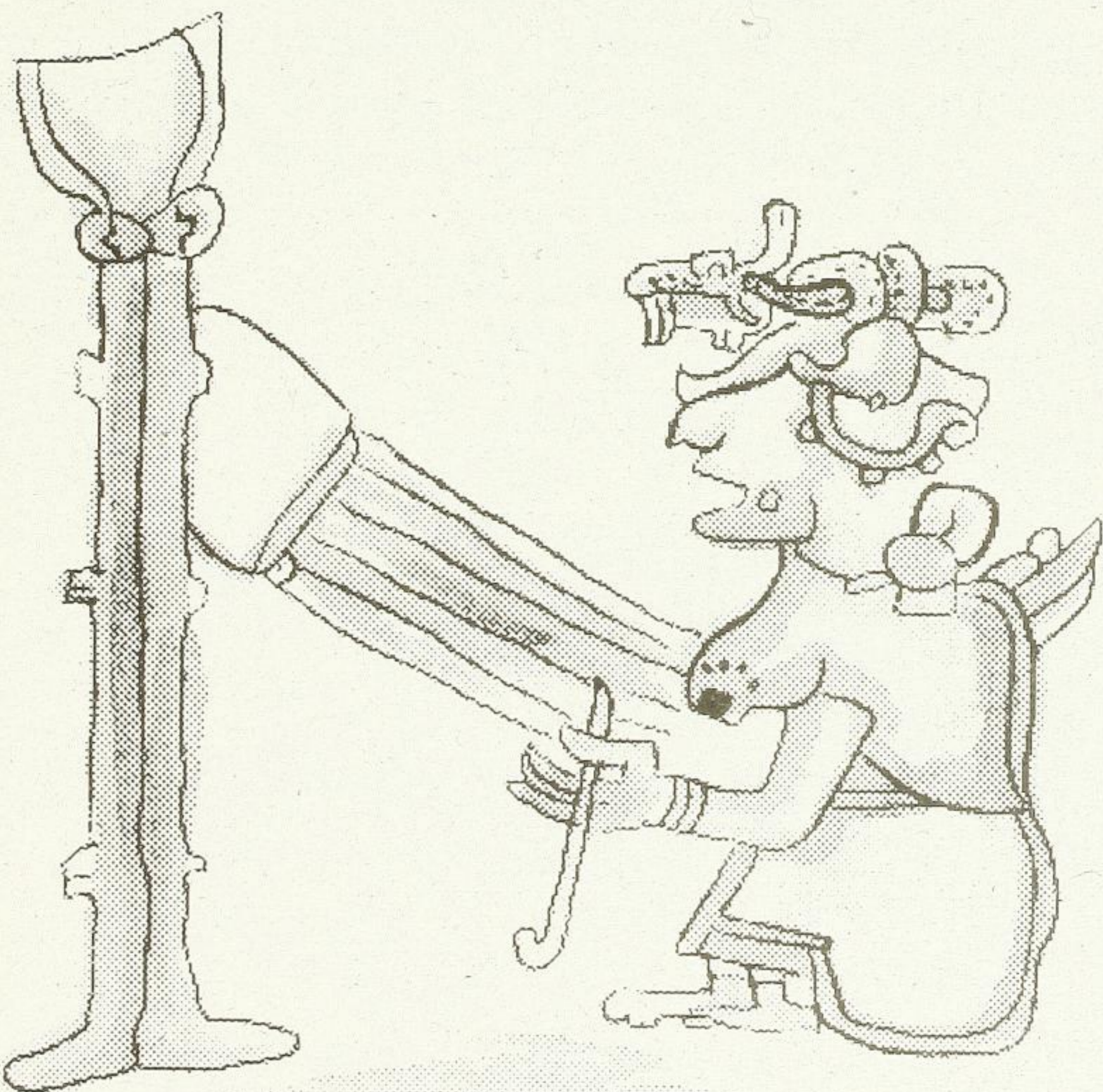
Los sacerdotes me observan, me rodean, me palpan como si fuera una fruta. Algo caliente sale de mis piernas, las aprieto pero el líquido se desliza manchando mi ropa de rojo.

Una gota cae al piso en un círculo perfecto.

Me empujan lejos de las doncellas inmaculadas. Mi impureza ofende al templo que espera sangre más noble que la que le ofrezco.

Lloro de alegría. No soy digna de la muerte. Espero serlo de la vida. *pm*

* Psicoterapeuta y psiquiatra, ha colaborado en revistas literarias y médicas. Es autora del libro "Rebumbios del gineceo" (Praxis, 1997).



Tlaxcala, días a modo de tejidos.